

Tras las cimas del bosque se elevaba
blanca columna de humo, que brotaba
de las vecinas chozas, y se oían
de pastoriles cuernos los gemidos,
y los ecos del bosque repetían
del errante ganado los balidos.

III

En la margen del río, protegida
por robles seculares, circuida
por guirnaldas de muérdago sagrado,
igual al que el druida preparaba
en Navidad, al templo consagrado, (*)
la alegre casa del pastor se hallaba.

Bello jardín de tropicales flores
que en el aire esparcían sus olores,
se hallaba al rededor, y era la casa
hecha de la durísima madera
del altivo ciprés, que nunca escasa
de aquel país en las montañas era.

(*) Aunque hay un verdadero anacronismo al suponer que los druidas cortaban el muérdago en Navidad, hemos querido no alterar el original, siguiéndole con la mayor fidelidad posible.

Era su techo bajo y extendido,
y en airosas columnas suspendido;
de fragantes rosales rodeado,
donde la vid sus pámpanos tendía,
un ancho y sencillísimo enverjado
en torno de la casa se veía.

Allí los chupa-mirtos, las abejas,
zumbaban sin cesar, y tras las rejas,
en cada extremo de la casa, estaban
los bellos y elevados palomares,
cual símbolos de amor, do se escuchaban
de las blancas palomas los cantares,

Y á la par que sus tiernos galanteos,
mirábanse sus justas y torneos.
Todo en silencio lánguido yacía:
por las cimas del bosque, esplendorosa,
la última luz del sol aparecía;
pero envuelta en la sombra tenebrosa

La casa toda con su verja estaba,
y detrás de sus techos se elevaba,
brotando de su oscura chimenea,

blanca columna de humo, pregonando
la dulce paz que al labrador recrea
al vivir en las selvas trabajando;

Y del jardín tras la enrejada puerta,
angosta senda, entre la selva abierta;
bajo robles gigantes discurría
hasta llegar al fin de la llanura,
donde el sol á su ocaso descendía
dorando el cielo con su lumbre pura.

Donde el bosque lejano comenzaba
y la pradera término alcanzaba,
sobre un caballo de color tostado,
en su silla española, á lo ranchero,
se hallaba el dueño del lugar, sentado,
con su polaina y su gabán de cuero.

Bajo el ancho sombrero que lucía,
propio para un país del Mediodía,
su rostro alzaba de color trigueño,
mudo admirando la tranquila escena
con la mirada señorial del dueño,
en esa tarde plácida y serena.

A su alrededor, innúmeros ganados
 paciendo se miraban en los prados,
 ó el vapor respirando, que del río,
 de frescura impregnado se elevaba,
 y que en aquella tarde del estío
 el bosque con su aroma embalsamaba.

Luégo, tomando el cuerno, que á su lado
 llevaba siempre á la labor, colgado,
 dentro su pecho recogió el aliento,
 un ruido sordo resonar oyóse,
 y oleada dulce de apacible viento
 los ecos todos al soplar, llevóse.

Entre la yerba, entonces, cual la espuma
 que flota sobre el mar, entre la bruma,
 los ganados sus cuernos levantaron,
 un momento de pié se mantuvieron,
 y después por los campos se alejaron
 y entre nubes de polvo se perdieron.

Como el pastor entonces regresara,
 al cruzar el jardín, miró la cara
 franca y noble del cura, que á encontrarle

marchaba con la niña, y arrojando
 las riendas del corcel, corrió á abrazarle
 de emoción y contento palpitando.

Ellos, bajo las alas del sombrero,
 reconocieron al valiente herrero,
 y por el gozo y el placer vencidos,
 en dulce, estrecho y prolongado abrazo,
 viéronse el cura y la doncella unidos
 del anciano Basilio en el regazo.

Entonces, bajo poética enramada,
 de rosas entreabiertas circundada,
 á su charla amistosa se entregaron,
 dándose parabienes afectuosos,
 y unas veces rieron ó lloraron,
 ó se quedaron tristes, silenciosos.

Pero, en tanto, Gabriel no aparecía,
 y como nube de dolor, sombría,
 de Evangelina el alma amedrentaba
 fatídico y tenaz presentimiento.
 Basilio, á quien la pena embarazaba,
 les dijo al fin con tembloroso acento:

“¿Si vosotros venís de Afchafalaya,
cómo no habéis en su desierta playa
de mi caro Gabriel el bote hallado,
si él por esas lagunas se encamina?”
cuando el viejo de hablar hubo acabado
muda quedó de asombro Evangelina.

¿Ha partido Gabriel? ¿Gabriel se ha ido?
murmuró con acento conmovido
ocultando su rostro; acerbo llanto
nubló sus ojos y embargó su acento;
reinó luego el silencio, y entretanto
solo se oyó tristísimo lamento.

Al fin dijo Basilio: “no, hija mía,
debes estar contenta; en este día
ha tan solo partido ¡si es un loco!
ya viejo como estoy abandonarme
sin que se le importara nada ó poco
con mis ganados sin temor dejarme!”

“Pero abatida y agobiada su alma
ya más no pudo soportar la calma
de esta quieta y pacífica existencia;

pensando siempre en tí, siempre angustiado,
solo hablando de tí, su única creencia.....
así ha su vida el infeliz pasado;”

“Y al fin logró ya ser tan fastidioso
para hombres y mujeres y aun tedioso
á la vez para mí, que fué preciso
que á comerciar en mulas se marchara
con la gente española; mi permiso
fue imposible, mi vida, que negara.”

“De los indios las huellas persiguiendo,
á las montañas del Ozark subiendo,
él se divertirá, me dije un día,
ya lazará en el río los castores,
ya irá por pieles á la selva umbría
ayudado de expertos cazadores.”

“Ten pues, ánimo, niña; del amante
seguiremos las huellas, que distante
no se debe encontrar el desgraciado;
él no marcha á favor de la corriente
y hoy ya parece que por fin el hado
se nos torna en benéfico y clemente.”

«Cuando el brillante sol, en la mañana
 el cielo dore con su luz temprana
 juntos le seguiremos, hija mfa;
 que hemos de hallarlo, por mi bien lo espero,
 y al fin hija, tendremos la alegría
 de volverlo á su casa prisionero.»

Entónces por las márgenes del río
 oyeron un alegre vocerío,
 y hacia sus bancos al volver la vista
 con asombro y contento, contemplaron
 que al anciano Miguel, el violinista,
 sus amigos en brazos trasportaron.

De su amigo Basilio bajo el techo
 vivía el violinista satisfecho
 como Olímpico dios considerado,
 pues siendo ya por su violín famoso
 solo estaba en las tardes obligado
 su violín á tocarles, melodioso.

¡Viva el bravo Miguel! ¡viva! gritaban,
 nuestro acadiense ministrill y andaban
 en procesión triunfal y campesina

sobre sus brazos á Miguel llevando.
 Entónces la graciosa Evangelina
 con el cura su paso adelantando

Hasta Miguel llegóse para darle
 su grato parabien y saludarle,
 mientras que el buen Basilio de su asiento
 saltando conmovido, agasajaba
 á todos sus amigos y contento
 á sus hijas y madres abrazaba.

Muchos de ellos juzgaron maravilla
 la salud del herrero, su sencilla
 morada patriarcal, y los ganados
 que en todos sus dominios esparcidos
 eran sin gran trabajo custodiados
 y por un hombre solo poseidos;

Y otros, maravillados parecieron
 cuando los cuentos de su labio oyeron,
 de aquel suelo alabando la riqueza,
 su incomparable clima, y los collados
 de tan rica y feraz naturaleza,
 donde andaban errantes los ganados,

Ganados que primero poseía
 el que lazarlos al correr podía.
 (Todos en su interior imaginaron,
 cuando de oír sus cuentos concluyeron,
 comenzar cual los otros empezaron
 y hacer lo que ellos al principio hicieron.)

Y ascendiendo después por la escalera,
 pasando por la verja de madera,
 entraron todos al salón; servida,
 esperando tan solo su llegada,
 estaba de Basilio la comida
 como nunca sabrosa y regalada.

Al sentarse contentos á la mesa
 cayó la sombra de la noche espesa;
 la huerta estaba bella y silenciosa
 é iluminando á trechos el paisaje,
 coronada de estrellas, fulgurosa
 se vió surgir la luna entre el follaje.

Pero más luminosos se miraban
 y más brillantes que la luna estaban
 los rostros amistosos que refan

alredor de la lámpara reunidos,
 y que por vez primera se veían
 por Basilio en la mesa presididos.

Sin alterar Basilio su costumbre,
 prendió su pipa en la encendida lumbre;
 y viéndose por todos festejado,
 aún cuando digno del festejo fuera,
 con acento algún tanto emocionado,
 á todos les habló de esta manera:

—“Bien venidos seáis, amigos míos,
 vosotros, que por mares y por ríos,
 sin patria y sin hogar, con suerte escasa,
 habéis errado por tan luengos años;
 bienvenidos seáis á vuestra casa,
 á olvidar los pasados desengaños!

“Jamás en estas tierras el invierno,
 que en otras es asolador y eterno,
 ha, cual los ríos, nuestra sangre helado,
 ni suelo pedregoso, sus pesares
 redobló al labrador, que aquí el arado
 corre como una quilla entre los mares.

“Todo el año se ven en la pradera
 los naranjos en flor, y donde quiera,
 más que de nuestra Acadia, en el verano,
 en una sola noche el césped crece.
 De la selva en el límite cercano,
 que pasto y agua en abundancia ofrece,

“Pacen greyes salvajes y sin cuento
 que no tienen señor, y el elemento
 más necesario y útil á la vida,
 la tierra, á la labranza consagrada,
 con venir á ocuparla, está adquirida,
 y á nuestros hijos sólo reservada.

“El hacha os hace sola propietarios,
 que en los bosques profundos, solitarios,
 que las montañas pueblan, la madera
 se corta en abundancia, y se transforma
 como el trabajo ó la labor lo quiera,
 en fuerte casa de sencilla forma.”

“Y cuando ella en los campos se levanta,
 y la cosecha al labrador encanta,
 nunca viene el rey Jorge de Inglaterra

de nuestro pobre hogar á arrebatarnos,
 el ganado á robar en nuestra tierra,
 ni nuestras chozas bárbaro á incendiarnos.”

Hablando así, colérico é iracundo
 el herrero tornóse en un segundo;
 y, con aquel recuerdo, enfurecido,
 sobre la mesa con su mano ruda
 tal golpe dió, con hórrido estampido,
 que se quedó la concurrencia muda.

El padre Feliciano, receloso
 al escuchar el golpe fragoroso,
 el rapé que en los dedos levantara
 aproximarse á la nariz no pudo,
 y se le vió con espantada cara
 permanecer como los otros, mudo.

Pero el pobre Basilio, continuando,
 dijo de nuevo con acento blando:
 —“¡Cuidado con las fiebres, hijos míos,
 que una vez en los campos atrapadas,
 ya no se curan, como en climas fríos,
 con arañas en nueces encerradas.”

Entonces á la puerta se escucharon palabras que vibrantes resonaron, y en los anchos peldaños de madera las pisadas monótonas se oyeron de aquellos que, pasando la escalera, sin anunciarse hasta el salón subieron.

Eran criollos vecinos, cazadores, y algunos acadienses labradores que, á tiempo por los otros avisados, llegaban del pastor á la morada para pasar, en ella congregados, agradable y magnífica velada.

Fué alegre la reunión de los paisanos; mutuamente estrecháronse las manos y se dieron abrazos los amigos, y aquellos que antes fueron extranjeros, de la dicha común siendo testigos, se trocaron en buenos compañeros.

Después, se oyó tras la pared vecina, dulce sonar la música divina que Miguel á las cuerdas, dulcemente

del violín arrancara, y presurosa ante aquella señal, toda la gente cesó de hablar y se marchó afanosa.

Como niños, de gozo trasportados y de todos sus males olvidados, de alegre danza al dulce remolino se entregaron felices y dichosos, las miradas inquietas, y sin tino corriendo por do quiera impetuóso.

Del lado opuesto del salón y enfrente de do bailaba la entusiasta gente, los viejos, entretanto, se reunieron; contentos lo pasado comentaron, á su presente referencia hicieron, y del futuro con temor hablaron.

Y Evangelina, en tanto, acongojada, de los demás se hallaba separada, porque en su pecho con dolor sentía, evocados por mágico conjuro, alzarse sus recuerdos, y veía el porvenir amenazarla oscuro.

Y así en el alma sin cesar oyendo
la voz del mar con invencible estruendo,
y agobiada, abatida y pesarosa,
con ancha herida sobre el pecho abierta,
sin ser mirada, se lanzó afanosa,
y del jardín atravesó la puerta.

Bella estaba la noche, tras los muros
que los ramajes de la selva oscuros
á lo lejos fingían, se elevaba
con su fulgor iluminando el cielo,
la luna esplendorosa, que llegaba
como un ángel de paz y de consuelo.

Sobre el lecho del río descendían,
entre las ramas que do quier pendían,
de la luna los pálidos fulgores,
como en las almas que constantes aman
los pensamientos cándidos de amores,
dicha, contento y bienestar derraman.

Las flores todas del jardín, abiertas
alzaban sus perfumes, como inciertas
calladas oraciones, imitando

al cartujo que triste y pesaroso,
de la noche la calma aprovechando,
eleva sus plegarias silencioso.

Y más lleno de esencias y de olores
que aquellas varias y preciosas flores
que de la luz el invisible beso
sobre los campos, mágico, entreabría,
cual por la sombra de la noche opreso,
de Evangelina el corazón se abría.

La calma de la noche, de los campos
la soledad tristísima, y los lampos
de la luna fantásticos huyendo,
de pena cruel su corazón llenaban,
y en tanto, á la ventura discurriendo,
sus pasos hácia el bosque la llevaban.

Todo estaba callado y silencioso;
con su brillo de plata esplendoroso,
fosforescentes por do quiera huían
á ocultarse en lo espeso del ramaje,
las luciérnagas bellas, que fingían
un cielo entre las sombras del follaje.

Como de Dios las refulgentes huellas,
brillaban en el cielo las estrellas,
recordando al que ciego lo olvidara,
á no ser que á su vista apareciese,
raudo cometa que el zenit cruzara
y "mortal, no me olvides," escribiese,

Que lo que en lo alto por la noche brilla
es de ese Dios la increada maravilla.
Evangelina, en tanto, por el prado
triste, llorosa y abatida erraba,
y evocando las sombras de su amado,
así, y en alta voz se lamentaba:

—“Oh mi caro Gabriel, amado mío!
si tanto verte delirante ansío,
¿cómo no me fué dado contemplarte?
Si tú tan cerca de mi lado huiste,
¿cómo no me fué dado el escucharte,
y, más feliz que yo, tú no me viste?”

“¿Cuántas veces habrán tus piés hollado
aquesta senda del florido prado!
¡Y cuántas veces con mirada ansiosa

habrás tú contemplado estos paisajes
y aquella selva exuberante, hermosa,
que luce tan espléndidos follajes!

“Y cuántas veces de este roble abajo,
regresando en la tarde del trabajo,
te habrás sentado á solas, en el sueño
el descanso buscando á tu fatiga! . . .
¡Y cuántas veces en tu grato ensueño
no habrás soñado con tu tierna amiga!”

“¿Cuándo podrán mis ojos contemplarte?
¿cuándo podrán mis brazos estrecharte?” —
Mas entonces, de súbito escuchóse
de un pájaro la voz, que resonando
como flauta, en los bosques alejóse,
sus ecos en las selvas dilatando.

Desde las selvas, del jardín vecinas,
"paciencia,"—murmuraron las encinas
al agitar con incesante giro
sus ramas en las sombras, y lejana
se oyó una voz, cual lánguido suspiro,
que en las praderas respondió: "mañana!"

Bello elevóse el sol al otro día.
Las flores todas que el jardín tenía
sacudían su cáliz oloroso,
el suelo con su llanto humedeciendo,
y esparcían aroma delicioso,
sus bellas urnas de cristal abriendo.

—“Adios —les dijo el cura, contra el muro
triste apoyado del umbral oscuro; —
volvedme al hijo pródigo; su huella
constantes proseguid hasta encontrarle,
y volvedme con él á la doncella
que se durmiera cuando pudo hablarle.”

—“¡Adiós!”—dijo la niña sonriendo,
con Basilio á la playa descendiendo,
donde ya dentro el bote, preparados
los remeros alegres aguardaban,
y con sus largos remos empuñados,
listos y prontos á marchar estaban.

Así empezando el viaje en la mañana
de un sol brillante ante la luz temprana,
de Gabriel prosiguieron el camino,

todos alegres, mas con rumbo incierto,
llevados á merced de su destino,
cual las hojas que cruzan el desierto.

Ni aquel día, ni el otro, ni el siguiente,
huella ninguna de él halló la gente;
y unos tras otros infinitos días
por un país tristísimo marcharon,
sclamente teniendo como guías
los rumores inciertos que escucharon;

Hasta que al fin, llegando á una posada
de la aldea de Adayes, habitada
por española gente, el propietario,
que á Gabriel en el pueblo conocía,
díjoles que, con otros, temerario,
un día antes Gabriel partido había.